



El teatro también se lee

La honradez del teatro leído

Jesús Hernández Lobato

Universidad de Salamanca

El teatro leído es probablemente la forma literaria más honrada y autoconsciente de cuantas existen. Cuando uno se aproxima al libreto de una pieza teatral, tiene siempre la certeza de estarse enfrentando a un producto inacabado, una obra de arte embrionaria llamada a generar infinitas obras de arte en cada una de sus realizaciones escénicas concretas. Casi todas las demás modalidades de literatura se afanan continuamente por intentar engañar a sus lectores, presentándose a sí mismas como objetos autosuficientes y conclusos, que parecen desdeñar con despreocupada frialdad el imprescindible papel del receptor en la consumación de la experiencia estética y en la concreción de las infinitas indeterminaciones del texto literario. El texto teatral, por el contrario, reconoce sin aspavientos ni disimulos la necesidad de descargar sobre los hombros de sus potenciales lectores una tarea tan estimulante como compleja: la de erigirse en imaginarios directores de escena y aportar al sugerente armazón de la palabra dramática todo aquello que esta voluntariamente omite o silencia: la luz que baña los rostros de los personajes, el mundo por el que deambulan, el timbre preciso de su voz, la velada visualidad del conjunto... Dar vida en el palco escénico de la mente a toda esa maraña de indeterminaciones y silencios en que consiste el texto dramático supone uno de los placeres y desafíos inherentes a leer teatro, un placer que la preciosa humildad del libretista no hurtaría jamás a sus lectores. Estos, súbitamente elevados a la categoría de cocreadores, pasan a formar parte de una interminable cadena de actualizaciones «escénicas» del texto escrito, compartiendo un único aliento con aquellas pocas que han llegado alguna vez a encarnarse sobre las tablas de un teatro. Así pues, la brillante desnudez del teatro leído nos brinda como ninguna otra forma de arte el placer de lo inacabado, el goce de lo potencial, el vértigo de lo infinito.

Pero la desusada honradez del teatro leído no solo radica en su lúcida conciencia de producto *in fieri*, en su humilde vocación de boceto. En ninguna otra forma de arte el lenguaje humano se nos muestra más consciente de sus propias limitaciones ni más orgulloso de su auténtica grandeza. En las páginas de un texto teatral el lenguaje reproduce lo único que es capaz reproducir: el propio lenguaje. El resto de los aspectos de la realidad, acaso verbalmente inasibles, quedan púdicamente «irrepresentados» e «inexpresados», a la espera de que la osadía de un lector o un director de escena se decida a dibujarlos con instrumentos más adecuados para ello. El texto teatral se conforma únicamente con palabras que se representan a sí mismas, segmentos verbales que —a diferencia de todas las demás modalidades literarias— han renunciado a la arrogante pretensión de aprehender lo que se encuentra más allá del abismo infranqueable de lo lingüístico. Si Aristóteles definía la tragedia como la imitación de una acción completa (*mimesis praxeos*), el texto teatral, haciendo gala de su embarazosa humildad, se empeña una y otra vez en contradecir al genio griego, al presentarse a sí mismo como una simple *mimesis lexeos*: como palabras que imitan palabras. No es, por tanto, de extrañar que el lenguaje dramático, liberado de la tiranía de intentar abrazar lo inabarcable, haya legado a las letras universales algunas de sus páginas más hermosas e imperecederas. Y es precisamente el teatro leído —mucho más que el representado— el que nos permite saborear mejor la dimensión literaria de muchas de sus grandes obras, al concedernos la posibilidad de volver una y otra vez sobre determinado pasaje, hasta terminar de apurar en nuestra mente el concentrado potencial de su lirismo. Acaso en la humildad y la honradez de ese teatro hecho de papel resida, a fin de cuentas, buena parte de su grandeza y su misterio. ■